

IRIS



Núm. 905

BARCELONA, 11 ABRIL 1903

95 CENTS

Ayuntamiento de Madrid



Por largos años habrán de recordar los estudiantes de Salamanca los sangrientos sucesos ocurridos

en su insigne Universidad, durante la pasada semana de Pasión, que como elocuentemente les dijo Unamuno fué también para ellos.

No se registra insensatez igual á la del loco siniestro que dió orden de disparar los maitises contra los grupos de adolescentes y jovencitos, siendo así que bastaba para la represión del formidable motín una manguera, ó unos cuantos sablazos de plano. Está bien, y hace reir, que Gedeon mate los gorriónes á cañonazos, pero reprimir una algarada estudiantil á tiro limpio es una gedeonada propia tan solo de Silvelas, Mauras y Velascos.

En este dichoso país hacen ministro de Fomento á cualquiera, así sea un casi analfabeto. Arrellánase la Excelencia en la poltrona, y naturalmente piensa hacer grandes cosas, las cuales consisten en enredar más y más la enmarañadísima madeja de la *Destrucción Pública*, sin más resultado práctico que aumentar más y más el coste de las matrículas y multiplicar el número de socialifas: tantos duros por si el alumno rompe algún aparato del gabinete ó algún tubo del laboratorio ó algún hueso de la clase de anatomía... siendo así que todo el laboratorio, y todo el gabinete, y todos los esqueletos no valen en junto dos pesetas.

Así, con tanto dinero por matrículas, derechos, desperfectos punto menos que imposibles por falta de material de enseñanza, sellos, timbres, etc., etc., etc., se fomenta el amor á la ciencia y se les hacen entrar ganas á los estudiantes de quemarse las cejas aprendiendo.

Vienen luego los libros de texto, en los cuales los autores se despachan, ó, por mejor decir, los despachan á su gusto. Y como cuestan por lo general, un sentido, aunque no valgan un camino, los estudiantes le toman todavía mayor gusto y consideran con mayor respeto la cosa.

Y así no es de extrañar, irritados de tanta explotación y cansados de las gansadas de los legisladores no puedan contenerse más y estalle el enfado por tanto tiempo contenido. Pero ahí están los Poncios para ponerles las peras á cuarto y tratarles como si fueran unos saltadores de caminos ó una partida de latro-facciosos, armados de trabucos y retacos.

Imposible parece que en pleno siglo xx pueda haber gobernantes tan Silvelas que den instrucciones como las que se ven se están dando. Cuando no había ferrocarriles, ni telégrafos, ni siquiera diligencias, podía cometerse tal ó cual salvajada en éste ó el otro punto, sin temor á que se enteraran en mucho tiempo los demás pueblos. ¡Pero hoy! Apenas se dispara un tiro en Vigo, en Salamanca, en Valencia, en Barcelona, repercute por toda España, y el efecto se generaliza por todos los ámbitos de la nación, tomando el hecho al parecer más aislado el carácter de una conflagración.

Así, carecen nuestros gobernantes del más elemental sentido de prudencia; provocan conflictos á tontas y á locas, y sorprendidos luego de que surja una protesta acuden al maitiser, creídos en que este es la panacea para curar todos los males, en lo cual demuestran poseer una capacidad intelectual inferior á la del más degenerado hotentote. A nadie se le ocurre jugar con fuego sobre la santabárbara, y debieran tener presente los Silvelas y Velascos que no está el horno para bollos... Es extraño que Maura, León y Castillo, Montero Ríos y los gobernadores civiles de Barcelona no lo echen de ver y se lo hagan entender así á quien corresponde.

Porque... quien hace un cesto, hace ciento, y el título de la novela de Barrés: *Sous l'œil des barbares*, puede servir también para cualquier tragedia.

ARGOS



## GRAN TEATRO DEL LICEO



SRA. PANDOLFINI

En el momento en que escribimos estas líneas está próxima á inaugurarse la temporada de primavera en nuestro Gran Teatro, y todo indica que será excepcionalmente brillante, por la importancia de las obras que han de ponerse en escena y el subidísimo mérito de los artistas encargados de su interpretación.

Figuran como directores de orquesta el famoso maestro Colonne y el señor Conti, de cuya pericia tenemos las mejores noticias, y cumpliendo la Empresa con la obligación de dar, cada año teatral, dos óperas nuevas, ha escogido, para ser cantada en la tempo-



SRA. GIUDICE

rada presente *Adriana Lecouvreur*, arreglo del famoso drama de Legouvé y Suibe á la escena italiana por el libretista Sr. Colautti, música del maestro Francesco Cilea. Esta obra fué estrenada con grande éxito en el teatro de la *Scala* de Milán y se está representando hoy, con igual lisonjera aceptación, en el San Carlos de Lisboa.

También se pondrá en escena *Tristano é Isotta* de Wagner, conocida ya y profundamente admirada por nuestro público; dirigirá la obra el maestro Colonne.

Igualmente se cantarán *L'Affricana*, *La Bohème* y *Der Freyschütz*, de manera que habrá para todos los gustos, ya que cada una de estas óperas tiene sus especiales devotos.

Veamos ahora que artis-



EL TENOR BIEL

tas habrán de contribuir principalmente al buen desempeño de las citadas óperas: Primeras tipleas: Avelina Carrera, la Giudice, la Pandolfini, que canta ahora en Lisboa *Adriana*. Soprano ligera, señorita Lopeteghi. Primeros tenores: Julián Biel, Vaccari y Zeni. Primeros barítonos: Blanchart, Fornari, Giordani y Mentasti. Bajos: Perrelló y Rossalto.

La fama de que gozan la mayor parte de los artistas cuyos nombres acabamos de escribir nos excusan de añadir un elogio más á los innumerables de que han sido objeto, pero no dudamos que, dada la importancia del Liceo y la reputación de inteligente, al par que descontentadizo, de que goza el público del mismo (el verdadero público, se entiende.)





## AMOR

Por vulgar que se haya hecho la frase, hay que repetirla: el Amor, alma del universo, es el más sublime de los sentimientos.

Mejor dicho: todos los sentimientos sublimes se compendian y resumen en el amor.

El amor á la Humanidad, hizo posible el excelso drama del Calvario; ha llenado de santos los altares y ha creado admirables instituciones, de carácter ya religioso, ya laico, que enjagan

muchas lágrimas y alivian no pocas miserias.

El amor á la patria, engendrando Indiviles, Mardonios y Viriatos, Alfonsos, Ramiros y Fernandos, Cides y Guzmanes, Gonzalos y Juanes de Austria; ilustrando nombres oscuros y dando nuevo lustre á los preclaros; rodeando de igual nimbo de gloria al modesto y heroico guerrillero del año 1808, que al triunfador de los turcos en Lepanto y al vencedor de los franceses en Pavia ó en San Quintín, en Bailén ó en Vitoria: el amor á la patria, decimos, luego de haber sostenido ocho siglos de incesante lucha contra los infieles y de haber descubierto un Nuevo Mundo; realizando, en fin, proezas no igualadas, ni menos superadas jamás, hizo posible la constitución y desarrollo de nuestra combatida nacionalidad y orló con inmarcesibles laureles, las páginas de nuestra historia.

¿Y qué decir de la pasión amorosa, en su acepción restringida, de esa pasión que, sobre perpetuar la especie, es fuente inagotable de dichas, de inspiración,

de heroicidades y de sacrificios?

¡Mirad con qué feliz acierto, con qué ingenua picardía, está traducida, en la sencilla y artística ilustración de la presente página, la influencia de la pasión amorosa!

La alegoría no puede ser más bella, ni más expresiva.

El travieso hijo de Venus ha tocado con su mágica antorcha cuatro corazones.

¡Vedlos henchidos de satisfacción, ardientes, luminosos!

¡Fijaos bien en ellos!

Sin cara, sin ojos fulgurantes, sin expresiva boca, los cuatro corazones amantes aparecen henchidos de satisfacción, radiantes, luminosos.

No obstante, estar privados de facciones, esos cuatro corazones... ¡sonrient!... ¡Oh! ¡Miradlos! ¡Fijaos bien en ellos!

¡Los cuatro aman!

¡Y como aman, están alegres y satisfechos!

¡Han cumplido la ley divina...!

¡Y al mismo tiempo, han satisfecho las exigencias de su naturaleza!

¡Con justa razón, pues, se hallan gozosos...!

Y contemplad, ahora, esos otros cuatro, inmediatos á ellos.

¡Qué expresión tan triste! ¡Qué achicamiento! ¡Qué compresión!

¡Esos corazones no han amado aún ó amaron ya ó tal vez no amarán jamás!

Para los primeros, de entre éstos, hay esperanza todavía; los segundos, pueden esperar tranquila y resignadamente, su último latido, viviendo de sus recuerdos; mas ¡cuán desdichados son los últimos!

¡Veránselos privados de las más dulces emociones; se agitarán inútilmente, sin otro papel que el de máquinas propulsoras y receptoras de sangre, y desaparecerán del mundo, sin dejar huella de su paso por él!

¡Si! ¡Tal será su suerte, si el egoísmo ó las pasiones perversas, alejaron de ellos al hijo de Venus, y les privaron del cálido y luminoso fuego de la amorosa antorcha!

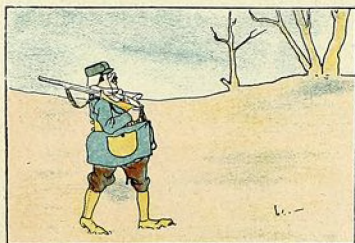
¡Sólo podrán evitar su triste destino, si la cansa de su indiferencia por el amor humano consiste en su exaltación por el amor divino, suma y compendio de los amores, sublimación del sentimiento que, por desgracia, ni comprenden las inteligencias todas, ni todos los corazones son capaces de sentir!

ENRIQUE LÓPEZ



# EL LOBO OBSTINADO Ó EL CASTIGO DE LA GULA

(HISTORIETA MUDA)







Según el adagio, son muy buenas para dormir, aunque yo, con perdón del refrán y de mis lectores, creo que para eso son buenas todas las mañanas... y muchas tardes, con sus noches correspondientes.

La vida es sueño,—dijo Calderón,—y yo, que nada tengo del famoso D. Pedro, digo lo mismo y que el sueño es la vida, por más que algunos sabios opinan en contra.

Dormir, soñar... ¿Dónde hay nada más agradable, ni más descansado?

¡Ah! ¡Qué descansada vida, la del afortunado mortal que no tiene por qué preocuparse del problema gastronómico!

¡Guay de quien lucha un día y otro por la conquista del pan!

Para ese no hay mañanitas de abril... todas son noches, oscuras como bocas de lobos, negras, tenebrosas!

¡Pícaro estómago! Indudablemente, es la viscosa más antipática del cuerpo humano.

¡Todo por y para ella! ¡Esto es desesperante!

Y dirán ustedes: —Bueno, pero tales reflexiones ¿qué relación tienen con las mañanitas de abril?

No lo puedo remediar: cuando alborcean los días primaverales, me siento *cursi*, me entristezco y casi brotan de mis ojos tantas lágrimas, como granos en mi epidermis... ¡Qué ya es brotar!

Llegó la hora de las renovaciones.

Se renueva la sangre, se renuevan los campos, se renueva la temporada taurina. ¡Todose renueva,

tes, ahora dominarán los negros... y entre todos, ponen al país de azul, sin oro...

Ya tenemos otra vez en *candelero*, á la flor y nata de la torería militante, y de los políticos *ad majorem* calamidades públicas.



También se renovarán los clásicos *pucherazos* en honra y prez de los *predilectos*... Casta desconocida y no clasificada por ningún curioso *naturalista*.

—Papá,—preguntó al autor de sus días el vástago mimado de Gedeón,—¿qué quiere decir candidato *predilecto*?

—Lo mismo que diputadito á disposición del gobierno.

—¿Cómo los cómicos sin contrata? ¡A disposición de las empresas!

—Ni más ni menos, hijo n.fo.

Silvela, demostrando conocer á fondo el país, ha elegido para las elecciones generales, el mes de las lilas...

¡No faltarán lilas en los comicios!

Como aun hay ciudadanos tan cándidos, que no creen en la resurrección de los muertos, ni en otros milagros de la taumaturgia electoral.

—¿Cuál es su nombre?

—Falano de tal.

—¿Usted ha votado ya...

—¡Pero si me levanté de la cama hace un cuarto de hora!



menos las papeletas de empeño que guardo en recuerdo de lo que *fué* y se *fué* para no volver!

Este año, se renueva también la mayoría parlamentaria. Ayer dominaban los blancos en las Cor-



—Será cierto, pero en las listas consta que usted votó...

—Protesto...

—Despeje usted ó...

Casos como ese se dan á centenares ¿y qué no harán con los difuntos que ni protestar pueden?... ¡El desnuequen!

Yo, que no quiero morir sin dejar arreglados



mis asuntos en esta vida con todos sus detalles, pienso consignar esta cláusula en mi postrera voluntad:

«Item. Cedo mi nombre y derecho electoral, á todos los ministros de la gobernación que en lo sucesivo manejen el coto, cualquiera que sea el partido en que militen.»

Y de ese modo, quedará legalizado el sistema de embuchar sufragios de ultratumba.

Bien, pero de las mañanitas de abril... ¿qué? No faltan mamás complacientes que atentas á la higiene de sus respectivos pimpollos, madrugan en este tiempo, para que las niñas se expansionen con los aires puros del campo, y con sus galanes correspondientes y correspondidos.

La Moncloa, el Retiro, la Casa de Campo, véne muy concurridos durante los meses de primavera por las niñas pálidas y en estado de merecer y por los niños góticos con cuello de *eme*, pantalón corto y zapato kilométrico, que lucen sus hechuras y se pirran por demostrar *urbi et orbe* que el número de lilas es infinito.

Abril es el mes *predilecto* del año y quizás también de Maura.

Abril... Vean ustedes lo que de él ha escrito mi amigo *Michiganez*, joven que va para loco y pronto se saldrá con la suya:

«Ha pasado el invierno  
con sus rigores;  
viste sus ricas galas  
la primavera;  
brilla el sol con sus rayos  
deslumbradores  
en sus tallos se yerguen

las gayas flores,  
y la vida renace  
por donde quiera...

El Amor se reviste  
de sus encantos,  
para inspirar conceptos  
á la Poesía,  
que endulce con sus ritmos  
nuestros quebrantos;  
cual los pájaros lanzan  
sus tiernos cantos,  
para inundarlo todo  
con su alegría...»

y ustedes perdonen el modo de señalar.

¿Quién podrá sustraerse al influjo del *ripio*, cuando asoma su hermosa faz la estación más joven, guapa y sugestiva del año!

¡Pobre Michiganez, y pobre mes en tales manos! También yo, cuando ¡ay! me permitía poéticos escarceos, caí en la tentación y canté... canté á las flores, á los pájaros, á los ríos, á las fuentes...

Desde entonces, hizose proverbial aquello de en abril *aguas mil*...

Por que cantar yo y llover á torrentes, todo era uno.

¡Dios y la primavera me perdonen y los que leyeren tales majaderías no me lo demanden!

Hoy, curado de poéticas erupciones, cuando bien arropado sobre el mullido lecho veo como los rayos del sol penetran al través de las vidrieras sin romperlas, ni mancharlas, anunciando un día espléndido, tibio, sonriente, con mucho azul en el espacio, mucho aroma en el ambiente, plató



rico de luz, de color, de vida... doy media vuelta dispuesto á continuar soñando, á la vez que murmuro para *mis adentros*: —Las mañanitas de abril, buenas son para dormir...

LUIS FALCATO





EL MAESTRO DE BAILE, cuadro de H. Hehn





### ¡DIGO QUE NO!

Aunque lo manda el doctor  
y un colegio de doctores,  
tengo al matrimonio horror...  
¡Consiento en tener amores;  
mas, casarme, no señor...!

—  
¿La causa de mi rareza,  
si es tal, me pregunta usted...?  
Aunque es indiscreto, á fe,  
hoy me da por la franqueza...  
Escuche y se lo diré.

—  
Una novia, airosa y bella,  
tuve, llamada Leonor,  
á quien quise con ardor;  
pero ¡ay! ingrata ella,  
me pospuso á un zapador.

—  
De reemplazarla traté  
con la hermosa Salomé,  
morena y con tal salero  
que frenético la amé...  
¡mas prefirió á un coracero!

—  
Como un pedazo de atún  
quise luego á una María;  
pero ella. . ¡suerte impía...!  
estaba loca por un  
teniente de artillería...

—  
Las tres eran hermosuras...  
contemple usted los retratos  
de tan bellas criaturas;

¡juzgue si, al dejarme á oscuras,  
pasaría malos ratos...!

—  
Tres amargas decepciones  
como las que yo he sufrido,  
destruyen las ilusiones,  
abaten los corazones,  
y el mío, ya está rendido.

—  
Jamás encontré placeres,  
del amor, en los azares;  
desengaños y pesares  
recibí, de las mujeres...  
¡Y siempre por militares!

—  
¡No he visto suerte más negra  
que la que dió en acosarme...!  
solo una idea me alegró:  
¡No hallando con quien casarme  
me libré de tener suegra...!

—  
Pasó el tiempo de mi ardor...  
aunque lo mande el doctor  
y se empeñe el mundo entero,  
yo permanezco soltero ..  
¡No me caso! ¡No, señor!

—  
Hoy, procediendo en justicia,  
de las femeniles garras  
me escabullo con malicia,  
y las mando á la ¡mujicia,  
cual se fueran las de marras!

EDUARDO BLASCO

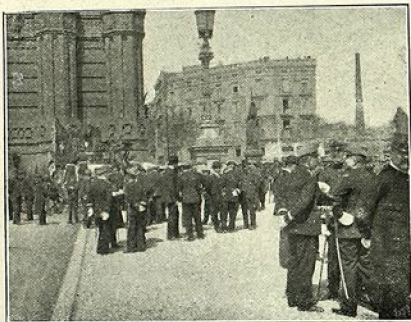


## BARCELONA: LA JURA DE LA BANDERA

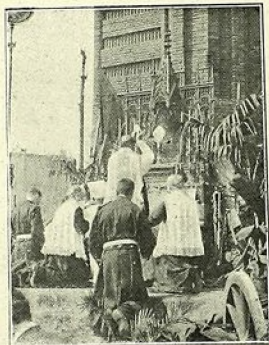
Un tiempo admirablemente espléndido favoreció el acto de jurar la bandera, que fué presenciado por un inmenso gentío que llenaba de bote en bote los contornos del Salón de San Juan. Los balcones y azoteas de las casas estaban atestados de curiosos, y no eran pocos los chiquillos que se habían encaramado á los árboles para presenciar desde allí la ceremonia. Veíanse también muchas personas en la escalinada del Palacio de Justicia, alrededor de la balaustrada que cerca el Salón de San Juan y lo mismo sobre los



LLEGADA DEL CAPITÁN GENERAL.



ALFMENTO OFICIAL.



EL ACTO DE LA ELEVACIÓN



LA JURA

jarros, en los zócalos de las estatuas y en los parterres, constituyendo un espectáculo de los más pintorescos.

A las 11 se hallaban colocadas en los sitios que tenían designados las fuerzas de infantería, caballería, ingenieros, artillería y demás cuerpos, así como los reclutas que debían jurar.

Junto al Arco de Triunfo, cerca de la Ronda de San Pedro, se situó una sección de la guardia civil montada, quedando distribuidas otras parejas de la misma y guardia municipal montada en los alrededores del Salón de San Juan.





LAS TROPAS ALINEADAS

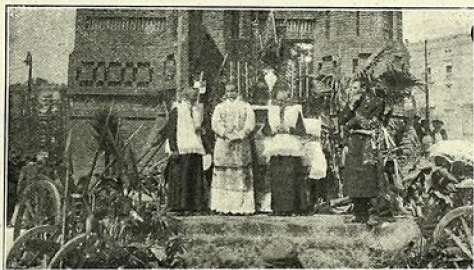
celler Casanovas se había levantado un pequeño altar de estilo gótico, cuya base la adornaban cañones y otras armas y atributos del ejército.

Terminada la misa, parte de las tropas efectuaron las evoluciones necesarias, colocándose las banderas de cada regimiento en el paseo más próximo al Palacio de Justicia.

El comandante señor Salazar, alzándose sobre los estrados de su caballo, pronunció con voz potente, desde el cen-



LA MUCHEDUMBRE PRESENCIANDO EL ACTO DE LA JURA



LA MISA DE CAMPAÑA

Volvieron á sus puestos y otra vez desfilaron bajo las banderas, que ondeaban sobre sus cabezas.

Terminada la jura, desfilaron las tropas en columna de honor ante el capitán general D. Enrique Bargés, que acompañado de su estado mayor se había situado en el Paseo de San Juan cruce con la calle de Ausias March.

El acto resultó incómodo.

A las once y media en punto sonó un toque de atención y el capitán general, seguido de su estado mayor, entró por el Arco de Triunfo.

Inmediatamente las músicas de todos los regimientos tocaron la Marcha Real.

El Excmo. Sr. D. Enrique Bargés y sus inmediatos subordinados se situaron al lado opuesto del altar.

Junto á la estatua del con-

tro del paseo, las frases de rúbrica.

—Sí, juro,—contestaron los reclutas, á coro, y el eco de esta contestación solemne se oyó largo rato, gracias al silencio religioso de la concurrencia.

Sonaron nuevamente las músicas; los jefes de cada batallón formaron una cruz con su espada y el astil de la bandera; los reclutas, marcando el paso con marcialidad, se acercaban á la respectiva enseña y se descubrían al imprimir un beso en la cruz.



EL DESFILE



## EL CAÑÓN Y EL NIDO

¿Cuándo terminará la guerra en el mundo? Lo mismo en los campos de batalla, que en las almas de los mortales, será el combate eterno. La vida es una lucha; esto es; una derrota y un triunfo. Y es una lucha tan horrible que, como si no fueran bastantes las torturas que destrozan los corazones, en el hogar, en la intimidad oscura de la existencia individual, surgen de continuo reñidas y vastas contiendas en que los gritos del dolor se mezclan á los cánticos de la victoria.

Leed, leed, con lágrimas, el siguiente episodio bélico, tan tierno como trágico.

A no larga distancia del fuerte había una casita de campo, habitación del comandante. La guerra hubo de sobrevenir de improviso, no dejando tiempo á la familia del jefe militar, allí alojada, para



trasladarse á otra parte. Además, ella no quería separarse del noble y valiente soldado. Deseaba vivir á su sombra, morir si él moría.

La casita estaba rodeada de árboles seculares, entre cuyas frondosas ramas tejían y ocultaban los pájaros, uno y otro año, sus nidos. Constantemente se oía, cuando llegaba la primavera, una deliciosa y regocijada algarabía de cantos. De entre todos ellos se destacaba el aria interminable y ardorosa del ruiseñor. Especialmente de noche, aquel gran tenor de los bosques no cesaba un momento, llenando con su maravillosa música el espacio silencioso.

Desde la casita se divisaba el mar, del que era guardián, por aquel lado, el vetusto artillado castillo. Campo y mar, bajo la protección del fuerte, se enlazaban en perpetuo abrazo. Aunque á veces las olas se encrespaban y vomitaban rabiosa espuma, al fin triunfaba la pacífica costa. Mar y campo debían ser hermanos. Allí, entre ellos, se erguía la colosal mole de la fortaleza como para inspirarles confianza. La blanca casita, siempre tranquila y quieta, asentada entre el follaje, parecía sonreír y hablar de dulzuras al sombrío barco que pasaba á lo lejos surcando las ondas, en pos del misterioso destino.

Un día se oyó en el mar un estampido formidable y en seguida cayó en tierra una cosa infernal que estalló en mil trozos con estrépito horrible. Callaron los pájaros de los árboles, se desgajaron varias ramas; de los costados del fuerte se desprendieron algunas piedras. Era la guerra que empezaba. Era un buque extranjero que bombardeaba á aquel pedazo de Patria. Contestóle el fuerte con su poderosa artillería. Y, durante media hora, estuvieron los ánimos angustiados, los labios lanzando suspiros, los cañones arrojando metralla.

Cada vez que cruzaba por encima de la fortaleza una granada y se desplomaba junto á la casita, sentía el comandante su corazón oprimidísimo. Allí, en medio de aquella fresca mancha de verdura, bajo aquel techo rústico, estaba su esposa, y también Lucía, su hija, niña de once años, que era el encanto y el culto del bizarro militar. Ya podían enviar balas y más balas contra el fuerte; ya podían derrairlo, sucumbiendo él entre los escombros; pero ¡por Dios! que no tocaran al hechicero recinto



donde moraba aquel ángel adorado, rubio como el oro, blanco como la nieve, gracioso como una sonrisa. Temprana rosa humana puesta en el mundo para alegrar y perfumar la existencia.

Los proyectiles, sin embargo, eran ciegos. Los que no tropezaban con el fuerte iban á parar á la casita. ¡Conflicto feroz! El comandante, clavado por el deber al pie de las baterías, no podía acudir en socorro de sus seres queridos. De un lado y otro menudeaba, entretanto, el fuego. El buque y el castillo aparecían envueltos en densísimo humo. Ambos disparaban á bulto, con frenesí, tratando de herirle definitivamente con un golpe decisivo que echara á pique el navío, ó que derrumbara la fortaleza. El combatiente del mar llevaba trazas, no obstante, de vencer al de la playa. Sus tiros eran de mayor alcance y más certeros. Al cabo de tres horas, uno tras otro, los cañones del fuerte fueren emudeciendo. Al fin, la fuerza que le guarnecía tuvo que desalojarlo. Y bajo una lluvia de mortífero hierro corrieron los soldados á refugiarse en la casita.

¡Qué desolador aspecto presentaba! El primero que llegó á ella fué el comandante, y al verla en



tan lastimoso estado no pudo reprimir un lamento. En sus ojos asomaron las lágrimas. ¿Había muerto su esposa? ¿Qué había sido de la hija? ¿Habían huido? La casa, horadada por todas partes, medio destechada, yacía en el silencio. Penetró el comandante en ella lleno de inmensa zozobra. A los pocos pasos quedóse atónito,

espantado. Su infortunada mujer, la cariñosa y leal compañera de su vida, yacía en el suelo en un charco de sangre. Tenía toda la cabeza destrozada por un casco de metralla.

Apartó con horror los ojos de

Apartó con horror los ojos de aquella escena y siguió adelante, corriendo como un loco, llamando á su hija. Al fin la encontró. Estaba junto á una ventana, frente al árbol donde el ruiseñor había suspendido su nido.

El comandante, al ver viva á Lucía, se lanzó hacia ella, abrazándola furiosamente. La palpaba, buscando si tenía alguna herida. Se la comía á besos. La daba los nombres más tiernos. Excitábala á hablar; pero Lucía se hallaba como atontada. No sabía decir nada. No hacía sino sonreír y fijar la vista en el nido. ¿Conocía la muerte de su madre? ¿Había perdido la razón? ¡Oh, maldita guerra! ¡Cuán bárbara eres! ¡Nada respetas, ni á la piedra, ni á la flor, ni á la flor, ni al valor, ni á la inocencia!

Sin embargo, el nido continuaba ileso. En aquella lucha entre la vida y la muerte, ésta había suspendido su acción ante aquello. A semejanza de esos famosos tiradores que en torno de la cabeza de una mujer hacen un círculo con sus peligrosos disparos, sin tocar al ser amado, el buque de guerra, el monstruo del mar, había, inconscientemente, acaso obedeciendo una ley misteriosa, derruido y segado todo lo que vivía en torno del nido. El arma de bronce se había detenido ante el hogar de esparto.

Pero proseguía el bombardeo. El acorazado enemigo se había acercado á la costa destacando algunas de sus tropas en varias lanchas. Desembarcó sin dificultad el adversario. Venía provisto de fusiles. Desde la casita, los soldados del fuerte defendían, también con fusiles, aquel último refugio del honor patrio. El comandante iba de un lado para otro, desde su hija, que permanecía como una estatua junto á la ventana, hasta la improvisada trinchera, tras de la que su reducida fuerza se había parapetado al rededor de la casa. Un grito de Lucía conmovió profundamente al comandante. Corrió hacia ella. ¡Una bala la había atravesado el pecho! ¡Todo concluyó en ese momento para aquel héroe! ¡Toda esperanza estaba perdida! El fuerte, vencido; la patria, invadida; la familia, muerta. Pensó el comandante en el suicidio. Pero alzó los ojos, y vió el nido de ruiseñores, todavía intacto. Y allí, en



tan pequeño objeto, se cifraron ahora sus postreros cariños. Y recordando sus agilidades de muchacho, trepó por el árbol y cogió entre sus manos convulsas aquella postrer reliquia de sus amores. En el nido había varios poluelos, que, ajenos á la escena sangrienta que se desarrollaba allí, en aquel instante, plaban, y abrían golosamente los picos.

De pronto sintió el comandante un golpe tremendo y algo ardiente que le penetraba desgarrándole las entrañas. Acababa de ser herido mortalmente. De pronto comprendió que se apoderaba de él el fin de la tumba. Le abandonaron las fuerzas. Aflojó los brazos y las piernas que le sujetaban al árbol, y cayó desplomado al suelo. Ya en el polvo, aprovechando un último relámpago de vida, alzando el nido que aun conservaba en su mano, á guisa de bandera, y reconcentrando en él sus miradas, depositó en él un beso. Y en aquel beso, dado á un nido, fueron sepultados todos sus más adorados sueños. ¡Su hija! ¡Su esposa! ¡Su gloria! ¡Su patria!

¡Maldita sea la guerra que destruye todas esas grandes cosas!

JOSÉ DE SILES

## BELLAS ARTES



EL ÚNICO SUPERVIVIENTE, por F. Beurdillon

En este cuadro, la concepción del asunto está hondamente enlazada con la ejecución. La idea y el hecho van acordes. Nada de accesorios que distraigan la atención; á la *unidad* del superviviente corresponde la *unidad* á la escena. Una playa inhospitalaria, el mar traidor, el cielo indiferente por testigos de la tremenda catástrofe. Entre tantos hombres, llenos de salud y robustez, como tripulaban el buque, solo uno ha escapado de las garras de la muerte. Los demás ¡quién sabe do yacerán, menos ese otro, cadáver horrible, que parece haber ido á parar de la orilla para amedrentar al vivo, como acusándole de no haber ido á hacerles compañía á los que ya nunca jamás volverán á sentir las caricias de la luz ni el perfume de la tierra!

Ciertamente que como dijo el poeta de Venusia, debía ir revestido de una triple coraza de bronce el primero que osó aventurarse en el piélago. Ninguna andacia es comparable á la del que se lanza al Océano, á merced de un fragil leño ó de un casco de hierro, pobres y débiles artistas, imperceptibles motas sobre la inmensidad del abismo. Pero el mar se venga de las profanaciones de los que se atreven á sostenerse y á caminar sobre su formidable masa, y arrastra á sus lóbregas profundidades millares de seres humanos que convierten en interminable cementerio el lecho de las aguas.



# PEPITORIA

Con el presente número recibirán los señores suscriptores y compradores el cuaderno 67.º de regalo, del album JOYAS DEL ARTE.

## BIBLIOTECA AZUL

Hasta ahora han publicados los siguientes tomos:

*El asesinato del Puente Rojo*, por Carlos Barbra.

*Magdalena la Mendiga*, por L. Jacoliot.

*El tesoro del pirata*, por L. Stevenson.

*El crimen del molino de Usor*, por L. Jacoliot.

*Orso*, por Enrique Syenkewicz.

*El Hijo Maldito*, por H. de Balzac.

*Las lágrimas de Juana*, por Arsenio Housaye.

*La necesidad del crimen*, por Julio Perrin.

*Una orgía de sangre*, por A. Vigney.

*Los caballeros de la Cruz*, por Enrique Syenkewicz.

*El secreto terrible*, por Adolfo Belot.

*Solos*, por Pedro Zaccane.

*La Salamandra*, por Eugenio Suñer.

Para pedidos dirigirse a la Administración de estas Bibliotecas, Plaza de Tetuán, 50, Barcelona.

..

Decía Justo Suñer:  
—Para laxante excelente la magnesia efervescente granular de San-Imol.

## PAISAJE

Las sombras de la noche quedaron disipadas apenas el rey astor empieza a aparecer; los campos de tapices y de escarlatas llenos, presentan sus rubies con que regó la noche que prodiga se fué. Despiertan al labriego los trinos melodiosos

de miles pajarillos que inquietos ya se están, mezclados con el ruido de la sonora fuente que corre bajo cauces su curso natural.

A. U. DE CASTRO

..

Dígame lo que se quiera, contra los callos, Luis, no hay remedio más seguro que el del gran LADIVONSIM.

## CANTARES

No hay rubor niña en tu frente ni en tu pecho corazón, pues ambas cosas perdiste cuando vendiste tu amor.

Si antes no logro arrancar de mi ese recuerdo airado: ¿cómo podré yo olvidar, la pena de haberte amado?

Después de besar la flor de mi pecho, que olvidasteis; ¡oh mariposas de amor! ¡que recuerdos me dejasteis!

Sobre el pecho lacerado está inscripción trazada, nací: mas, murió mi fe... y aquí quedé ¡sepultado!

Hay momentos de dolor que un ángel creo escuchar, quién me canta con amor: «no te canses de esperar».

Si en el desierto, morena, de mi alma entrar podías, al verme, allí te morías de compasión y de pena.

Oye tú, loro hablador; ¿es que no pasas penas? pues tu pico seductor, nunca ostenta lagrimitas.

Nunca humano corazón gozará dicha completa; ¡ya la envidia ó la traición, verán de hacerla incomparable!

A. BOADAS Y RIBOT

## CHARADA REFRAN

CON EXPLICACIÓN JEROGLIFICA, por Novejarque



## JEROGLIFICO

# K K T 1903

BAUTISTA GAROIA

Las soluciones en el próximo número

## SOLUCION

a los pasatiempos del número anterior

Acertijo.

## AUTOMOTOR

Problema de ajedrez núm. 6.

B

1.—C 6D.

2.—D 3 AD.

3.—(Si toma C de D) D 7 A (mate). (Si toma C de A) D 3CR (mate). (Si R 3A) D toma C (mate).

N

1.—R 4 R.

2.—R toma cualquier C 6 3AR.

Jeroglífico.—Enfermar.

## CORRESPONDENCIA PARTICULAR

A. U.—Sevilla.—Confirmando lo que le dije, pero no es humanamente posible poder dar salida, a veces ni en un año, a tanto original como se va acumulando en cartera.

A. M. R.—Arévalo.—Gracias por sus indicaciones, que tendré en cuenta.

A. B. R.—San Felu de Guixols.—El soneto estaría bien sino lo echase a perder este verso, que no es verso:

tu imagen, tanto a mis ojos decreces.

Irán algunos cantares.

A. P.—Valencia.—Tendré mucho gusto en complacerle cuando se publique el cuento.

F. B.—Barcelona.—Muy bien, joven, porque supongo será usted joven. Usted promete.

L. V. P.—Madrid.—Sus reclamaciones me consternan; pero ¿que le vamos a hacer si hay tanto original en igual caso que el de usted?

A. U. de C.—México.—Quedará usted complacido.

Michelotte.—Perfectamente: el cuadro está descrito con todo el color y energía propios del caso.

Pitolo.—Recibido y aceptado el artículo.

A. B. N.—Córdoba.—Recibido su artículo pasado ya la oportunidad; cosa que siento.

M. F.—Guadalajara.—A usted no le hago esperar; hay cosas que no admiten dilación. Conque, oído a la caja:

Nubarrones y lúdesales espantosos cubren el perímetro de Madrid, Y los simones van rodando cargados De hombres y diputados, que «en un decir, Pero los pobres que ti. nen empuñado el reloj Van a pie, sin d-jar de llover aquí... Etc., etc.

(Usted será con el tiempo ministro ó embajador).

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA. \* INSÉRTERSE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO EDITORIAL «LA IBÉRICA», PLAZA DE TETUÁN, 50.—BARCELONA

Ayuntamiento de Madrid



INDIA INGLESA



CABALLERÍA DE BENGALA: SOLDADO